

ra con ella, la asalta y rinde como sus progenitores los bárbaros, para fundar ese cristianismo interior, individualista, personalísimo, en que aparece cada hombre como sacerdote de Dios vivo y como intérprete de la divina palabra, cristianismo en consonancia completa con la antigua Germania, en consonancia completa con su tradicion y con su naturaleza y con su historia. La redencion alcanzada por los méritos de Cristo, es decir, el perdon gratuito, destruía de un golpe la confesion, las penitencias continuas, los dogmas relativos al purgatorio, la virtud de las reliquias, la intercesion de los santos, el poder de las indulgencias, fundando indudablemente un culto del alma, mucho mas espiritualista y mucho menos litúrgico que el culto de los Pontífices. En el punto concreto en que estallara; en la hora solemne de su promulgacion; por la causa ocasional que la suscita; opone á una práctica escandalosa, mas digna por su sordidez de los publicanos que de los católicos, á la divulgacion de las indulgencias vendidas y compradas como vil mercancía por el oro de los fieles, opone á esta negacion del espíritu y de las ideas espiritualistas, una serie de afirmaciones referentes á la vida interior, al poder de la fe, á los méritos de Cristo, á la confianza completa en la misericordia del cielo; afirmaciones llenas de unción religiosa y destinadas á herir profundamente las conciencias y á remover los ánimos en la encendida y perturbada Alemania. Si la primera intencion del reformador fué tratar exclusivamente el dogma de las indulgencias, y reducir á este capítulo, importantísimo pero secundario, toda la polémica; engañóse por completo, y no adivinó la fuerza explosiva de sus afirmaciones, que al estallar, hacian estremecerse desde la base hasta la cúspide la gigantesca fábrica de la Iglesia, que tantos siglos habian erigido, tantas grandezas inmortalizado, y tantos héroes y tantos mártires puesto en la cima del mundo y en la puerta del cielo. Las ideas de Lutero volaron de region en region, encendieron nuevas ideas en las conciencias y sentimientos nuevos en los corazones, agitaron á las diversas razas y pueblos, corrieron por las Universidades y por las Iglesias, llegaron desde las Catedrales de España, hasta las Basílicas de Jerusalem. Los escritores protestantes dicen que parecian recogidas y llevadas por el mundo en alas de los ángeles. Se engañan los escritores protestantes; además de la natural celeridad de las ideas, parecida ciertamente á la natural

celeridad del sol; además de su luz propia que con tan milagrosa rapidez se difunde y de su calor íntimo que á todas partes llega y todo lo anima y vivifica; además de esos misteriosos vientos conductores de la palabra humana que esparcen por doquier el pensamiento dicho en triste y solitario rincón de la tierra; existía ya la prensa, que, multiplicando y extendiendo la publicidad, debía convertirse de mera máquina industrial en verdadero apostolado de las nuevas y revolucionarias creencias.

Sin embargo, Lutero no se comprendía de ninguna suerte á sí mismo; no adivinaba toda la serie de consecuencias contenida en sus premisas, y creíase miembro fiel de la Iglesia, hijo sumiso del Papa. El 31 de octubre de 1517 acababa de poner la última mano y el perfeccionamiento último en sus tesis; y el 30 de mayo de 1518 todavía se arrojaba á los piés del Pontífice en una carta elocuentísima, ceñía con sus brazos las rodillas del Padre de los fieles, y se sometía con un entusiasmo semejante á una adoracion. Diríase que, adivinando los dolores reservados en la sociedad á todos los revolucionarios, á los que protestan contra los abusos antiguos y proponen las progresivas reformas, deseaba ver pasar de sus labios el amargo cáliz de su gloria, seguro de como, en los combates de este mundo y en las tristezas de esta vida, toda gloria se resuelve tarde ó temprano en una crucifixion. «Perded mi causa ó abrazadla, decíale á Leon X; dadme ó quitadme la razon; arracadme ó devolvedme la vida; haced lo que os plazca; yo reconozco vuestra voz por la voz misma de Cristo, que reina en vuestra persona y habla por vuestra boca; la tierra pertenece al Señor con todo lo que hay en ella. Dios sea loado por una eternidad.» Al mismo tiempo que hablaba de esta suerte al Papa, dirigíase á su antiguo amigo Staupitz, y le exhortaba á que corriese en su auxilio, á que le prestase sus fuerzas, á que le dijese como no habia faltado ni podido faltar en cosa alguna con sus afirmaciones al dogma fundamental y al espíritu eterno del Catolicismo. Engañábase Lutero, y no se conocía, en su afán de humillacion, nacido de un monástico sentimiento de humildad. Obsérvase claramente en esta crisis de aquella vida tan tempestuosa, cómo el monasterio es un sepulcro; y cómo las órdenes religiosas, con su austeridad y con su disciplina, aniquilan el pensamiento individual y los impulsos del propio albedrío; cuando este guerrero, forjado con el hierro de

las tierras germánicas, sombra de las selvas drúidicas, condensación de todas las lágrimas que los esclavos alemanes vertieran en las ergástulas y de toda la sangre que los gladiadores alemanes vertieran en el circo, enemigo de la gente latina como Arminio, azote de la ciudad de los Pontífices como Alarico de la ciudad de los Césares; al encontrar el secreto de su destino y oír el llamamiento de su vocación, se envuelve en su sayal como en su mortaja, y le pide á la Iglesia, que acaba de conmover hasta en sus cimientos, un altar donde combatir las tentaciones de la vida y una sepultura donde reposar en el eterno sueño de la muerte. ¡Infeliz!, náufrago de las grandes tempestades sociales, víctima que la humanidad aplasta bajo sus piés al dar un nuevo paso hácia adelante, mártir de la propia grandeza; el reposo y la oscuridad, que las gentes permiten á los seres vulgares, te estarán completamente vedados; oirás las maldiciones en torno de tu nombre, las calumnias sobre tu honra y no podrás ni siquiera defenderte; porque no te perteneces á tí mismo, porque desde la hora en que dijiste una idea nueva, derramaste en los demás una nueva alma; y esta alma, obra tuya, tu hechura, soplo de tus labios, idea de tu inteligencia, te exige que la sostengas, que la alientes, que combatas por ella y que mueras resignado en su servicio, dándole por holocausto tu tranquilidad y tu vida.

Al descender Lutero de su púlpito, creyendo haber presentado algunas objeciones á la creencia secular de la iglesia, ignoraba por completo que habia hecho una revolucion. Cierta fraile de su órden, con la luz que dan muchas veces á los mas obtusos el propio interés y el refinado egoismo, acercóse á Lutero, que atravesaba tristemente, al concluir su sermón, la iglesia, y le dijo, tirándole de la manga y poniendo sus labios en el oído: «A mucho, Doctor, os atreveis. Procurad no jugarnos, sin saberlo ni quererlo, una infeliz pasada; los dominicanos se rien ya de nosotros para su sayo, y nuestro órden podria sufrir mucho con vuestras palabras.»—«Amado Padre, respondió Lutero, si no viene de Dios todo esto, caerá por su propia pesadumbre; pero si procede de su santo nombre, ello prosperará.» En efecto, desde que Lutero vertiera sus palabras y afirmara sus tesis, ya no le pertenecian. Por mucho que quisiera moderarlas, ¡ah! los límites arbitrarios puestos por sus consideraciones personales rompíanse en la conciencia universal. Lutero, que

no adivinaba en su candor sublime hasta dónde podia llegar en su carrera vertiginosa, dolíase de la misma extensión dada á sus palabras; y de grado las renovara y las rehiciera. «Siento, decia, ver estas proposiciones, tan multiplicadas y extendidas, impresas en tantos ejemplares y divulgadas en tantas lenguas; mal modo de instruir al pueblo. A mí mismo aun me quedan ciertas dudas. De prever yo esto, reforzara mas algunos pensamientos y omitiera otros. Tardía é inútil reflexión. Su alma personal acababa de convertirse por las misteriosas comunicaciones de los entendimientos en el espíritu de todo un pueblo. Quince dias bastaron para que Alemania entera aprendiese sus tesis de memoria. Todo el mundo las recitaba y las aplaudia, excepto los dominicanos. Tetzl, alarmado de tanto estruendo, se consagró á refutar las ideas luteranas, trabajo en que empleara veinticuatro horas seguidas. No contentos con esto sus hermanos en religion, quemaron las proposiciones de Lutero; y los discípulos de Lutero en Witemberg quemaron las respuestas de Tetzl: fuego tristísimo, terrible comienzo del fuego de las guerras religiosas; de las guerras entre luteranos y católicos, que debian bien pronto afligir á Europa. El género humano ha llegado muy tarde á comprender, y apenas lo ha comprendido todavía, que las ideas se combaten con ideas y se refutan mutuamente unas á otras, prevaleciendo las mas verdaderas y sanas, por obra de su interior virtualidad. Al poco tiempo de iniciarse estas controversias, un enemigo formidable, gran argumentador, profundo teólogo, canciller de célebre universidad y general de la Inquisición, Cavara, contradijo elocuentemente á Lutero y dirigió toda suerte de observaciones teológicas á su esparcida doctrina. Tales respuestas le empeñaron gravemente en ardentísimo combate; y tal combate le empeñó con mayor empeño todavía en la profesion y divulgación de sus ideas. Además, la gloria, ciñéndole con sus resplandores, y dándole sus coronas, obligábale á servirle de dócil instrumento. Poco tiempo despues de publicadas sus tesis, emprendió un viaje por Alemania; y ya no era el fraile que franqueaba los Alpes á pié, sin que nadie le advirtiese ni le conociera, tan ignorado en Alemania como en Italia, sino el apóstol de las gentes, el propagandista de las ideas, el mantenedor de las tesis, saludado en sus rutas, detenido y agasajado en las poblaciones del tránsito, puesto á la cabecera de las mesas por los príncipes palatinos, seguido de las gentes, aclamado por

los estudiantes, contradicho con exquisita cortesía por los doctores oficiales, exaltado á esas eminencias del renombre, de la fama, de la gloria universal, en cuyas cimas reina gran rareza de aire respirable y en cuyos piés gran frecuencia de tempestades horribles. El mismo Emperador Maximiliano; resentido de Leon X, á quien llamaba el último Papa y de quien dijera que procedía con él como un miserable; escribía en una de sus extrañas previsiones que le guardaran al fraile, pues le parecía pájaro de cuenta para empleado contra la cátedra de San Pedro. La verdadera fortaleza, el seguro inmortal, la defensa cierta de Lutero estaba en el elector de Sajonia, Federico el Prudente, quien se envanecía con verdadero envanecimiento del nombre ilustre conseguido por su primer vasallo y de la inmensa resonancia alcanzada por su Universidad de Witemberg. De consiguiente, el nombre de Lutero pertenecía ya, desde esta hora solemne, á la humanidad y á la historia.

Poco tiempo despues de una de estas escenas ocurridas en Alemania, encontrábase el Papa Leon X asentado en una de sus cámaras del Vaticano. Por las ventanas descubríase el horizonte de Roma, esmaltando las torres de las iglesias y los escombros de las ruinas; entraria el aire, que acababa de mecer los altos cipreses en los inmensos jardines, cargado con las aromas del mirto y de la rosa; oíríase, al través de las paredes, el rumor oceánico de Roma, el resuello de los trabajadores que erigian la Basílica de San Pedro y el ensayo de los cómicos que ejecutaban alguna obra mas ó menos decente del escritor Maquiavelo y del Papa mismo; en las paredes brillarian los frescos de Rafael, sobre las mesas las joyas de Guiberti; resplandecería en este ángulo una estatua griega recién resucitada de los abismos, veríase en el otro un caballete con cuadro recién acabado por los rafaelistas; un griego deletrearía los manuscritos helénicos, un ciceroniano redondearía los períodos latinos; tal humanista embelesaríase en recomponer un palimpsesto, tal poeta en devorar las obras de Ariosto; y como algun imprudente distrajera al Papa de todas estas contemplaciones y le llamara la atención sobre los sucesos de Alemania, meneó la cabeza con verdadero menosprecio, alzó los hombros con glacial indiferencia y dijo: «Guerra frailesca.» ¡Cuán profunda es la ceguera que pone Dios, cuando quiere hacer una revolucion ¡ay! en los únicos que pueden impedirla!

CAPÍTULO XI

LOS COLABORADORES DE LUTERO

Cuentan las Historias de la revolucion francesa un dicho ya vulgar y célebre, que expresa el estado crítico de los ánimos en este momento supremo de la Reforma. Acababan los parisienses de tomar la Bastilla; y como Luis XVI, á cuyo Versalles arribaran confusamente las noticias, preguntase con anhelo á uno de sus cortesanos, si todas aquellas incidencias eran un motin, el cortesano le contestó que eran una revolucion. Igual calificativo puede y debe darse al estallido de la conciencia humana en el período que vamos historiando. La Reforma no era, no, esa oscura guerra frailesca de agustinos y dominicanos, á que Leon X la reducía sin buen acuerdo ni claro conocimiento de toda su importancia: los siglos la prepararon; Bautistas numerosos surgieron de todas partes á profetizarla; expresóla el entendimiento humano despues de haber extendido la línea inmensa de una larga serie de ideas en el momento providencial y oportuno en que debía sobrevenir; y cooperadores ilustres, llenos del espíritu moderno, cuyas inteligencias resplandecían con verdadero brillo, cooperaban, ora con la erudicion y ora con la crítica, ya empleando las armas de la sátira ó ya los arrebatos de la elocuencia, en luchas continuas y diarias, á que naciese con verdadera robustez y se consolidase en breve espacio de tiempo. Aquella oscura guerra de frailes semipelagianos con frailes fatalistas y agustinos, separó el mayor imperio continental de Europa, la Alemania, y el mayor imperio marítimo, la Inglaterra, del seno de la Iglesia; puso en el Océano la República holandesa, que abrió